

EL MILAGRO DE AMOR DE DOÑA ROSARIO

Se llamó Rosario Herreros Cifuentes y sus apellidos denotan con claridad meridiana que se trataba de una getafense de pura cepa y perteneciente, sin duda, a una acomodada familia de este pueblo.

Poseedores de numerosas tierras, unas arrendadas y otras explotadas familiarmente, así como varias casas de labor, en las zonas más estratégicas de Getafe, los padres de Doña Rosario gozaban de una posición desahogada y un gran prestigio entre sus convecinos.

Eran frecuentes las fiestas en la gran casa solariega, a las que solían concurrir los personajes más destacados de la localidad.

Rosario tenía la belleza característica de las jóvenes getafenses; facciones correctas y mejillas adornadas con el carmín encendido y natural del sol castellano que doraba nuestras mieses y maduraba nuestros viñedos. Ese sol de Getafe, que no tenía bosques ni arboledas donde matizar su luz ardiente, ni ríos en que ahogar el fuego de sus rayos, ni otra cosa que unas cuantas fuentes cuyo rumor permitía soñar con frescos manantiales en el sopor de las noches de verano; y el recatado Cacerón que corría calle de la Arboleda abajo, como si buscara aquel punto del Oriente por donde el sol ascendía cada mañana bañando de oro y púrpura la cumbre del Cerro de los Ángeles.

El sol ha sido siempre el fiel compañero de los paisajes getafenses. Y en su extensa llanura, sólo interrumpida por el Cerro de los Ángeles y por la breve elevación del cerro de Buenavista, se dejaba caer como agotado por su propio calor sobre los trigales, los sembrados y las eras regadas de polvo de oro que desprendían los trillos y arrastraba el viento hasta las concavidades y las fisuras de las calles empedradas, o se refugiaba entre las verdes hojas de los emparrados que sombreaban el portalón de la casa paterna de doña Rosario.

Getafe, era entonces como un oasis en un desierto confuso que animaba el espíritu para buscar el camino hacia las feraces y umbrosas vegas de Aranjuez. O tal vez un puerto acogedor, como lo describió Gómez de la Serna:

"Por el Sur, Madrid saca a pleno sol su corazón manchego se olvida del granítico respaldo de la sierra y extiende bajo el cielo nítido su desarbolada, llana y humilde tierra polvorienta..."

Pasado el Puente de Toledo, la carretera que va a la Imperial Ciudad, se inicia en el paisaje suburbano más destartado U descompuesto de Madrid, acaso preparando el ánimo para lanzarlo al llanurón manchego, mar sin orillas, en el que parece que no va a haber puerto. Y, sin embargo, sí lo hay: el primero, ese modesto y cercano Getafe, campo en trance de industrialización, casi afueras de Madrid y ya tierra limpia de escoria matritense... "

Allí, en aquel Getafe y en un rincón sombreado por las parras, solía cobijarse la joven bajo los pámpanos y los racimos - zarcillos naturales de rojo vivo, engarzados en el verde esmeralda de las hojas - viendo coger las uvas al Tío Lucas, el criado de sus padres, al que algunos llamaban "El Tío Maroma", sin saber exactamente por qué.

– Rosarito ¿quieres un racimo? Son muy ricas. Además, aquí donde no llega el sol, se conservan muy frescas. ¡Toma, pruébalas, chiquilla...!

Rosario tomó un pequeño racimo y, una a una, dejó que las gruesas uvas tintas reventaran en su boca y refrescaran las secas fauces.

– Gracias, Tío Lucas. Es verdad que están muy buenas.

Rozó intencionadamente la punta de la lengua en el rojo de sus labios, permitiendo así que el vivo y encendido zumo sirviera de carmín violáceo, como el que había visto usar a las artistas que solían actuar en el Gran Teatro, en las representaciones que ofrecía La Gran Piña, y en las representaciones del Casino de Getafe.

Se miró de reojo en el cristal de la ventana del salón donde dormitaba su padre. Ajustó la cintura de su vestido, observando su figura, el estrecho talle, el busto breve pero erguido, como tallado en mármol, las caderas modeladas como un ánfora romana y las piernas largas y torneadas.

Satisfecha y feliz, bajó por la calle de Polvoranca, cruzó la calle Real, sintiéndose admirar por los jóvenes campesinos que regresaban de sus labores agrícolas y, contoneándose con la coquetería que le daban sus diecisiete años, buscó la calle de Jardines, camino de La Magdalena cuyas campanas llamaban ya al Ángelus. Penetró apresuradamente; pero no pudo resistirse a la tentación de esperar unos minutos en el húmedo y sombrío atrio, disfrutando del frescor que parecía emanar de las losas y los gruesos muros. Luego entró y tomó asiento en la última fila de bancos.

Desde allí, podía observar a todo el que entraba o adivinar quiénes eran los fieles de los bancos anteriores, estudiando sus siluetas, reconociendo sus movimientos y captando las familiares formas de carraspear, toser o musitar con voz queda sus oraciones.

De pronto, oyó que la puerta se abría a sus espaldas y que una persona entraba con pasos firmes pero pausados.

– ¿Quién será? - se preguntaba - Esos pasos no me resultan familiares. Son de zapatos finos...tal vez de charol y con piso de suela que cruje a cada paso. Es, sin embargo, un crujido ahogado, como si estuvieran cubiertos con botines de fieltro... ¿Quién puede ser? ...Aquí, excepto el médico, nadie suele llevar botines. Y el médico tiene un andar más cansino y menos brioso; además, no acostumbra venir al Ángelus.

Interrumpió su monólogo, al observar que la sombra del visitante avanzaba por el pasillo central y se detenía a pocos pasos de ella. Se arrodilló y hundió la cara entre las manos, simulando estar en profunda meditación y mirando entre sus dedos que, intencionadamente, había dejado ligeramente entreabiertos, se dedicó a observarle.

Era un hombre de mediana estatura, de unos veinticinco o veintiséis años, cabello negro peinado hacia atrás y quizás pegado con fijador, pobladas cejas, bajo las cuales brillaban unos ojos de profunda mirada; un grueso bigote sombreaba sus labios en los que florecía una sonrisa de satisfacción y admiración al contemplar el interior de la iglesia, la cúpula llena de luz difusa que daba un aspecto solemne a los evangelistas que decoraban su interior,

las gruesas columnas de piedra y el formidable retablo donde los cuadros de Alonso Cano inspiraban paz y recogimiento.

Era indudable que se trataba de un forastero, a juzgar por el interés y el asombro con que miraba cada detalle de la construcción, el dorado de los Altares y columnas, las vidrieras y las pinturas de la Magdalena, las tallas de los Apóstoles del gran retablo y la imagen de la Virgen de los Ángeles sobre la dorada carroza, a la izquierda del altar.

Cuando pasó ante el altar mayor, hizo una genuflexión, se volvió y se dirigió a la puerta de salida, paseando su mirada de derecha a izquierda y de arriba abajo, contemplando cuidadosamente los altares laterales para detenerse largamente y, con la cabeza inclinada hacia atrás, contemplando con admiración el magnífico órgano que había en el coro. Parecía como si la mirada del forastero acariciase amorosamente cada una de las figuras talladas en la madera y las múltiples trompetas de las que salía una música muy tenue cuyos ecos rebotaban en las vidrieras multicolores, en la alta cúpula central y en los huecos de los altares y hornacinas para ir a morir, apenas en un susurro, entre las columnas rizadas del retablo y el dorado manifestador sobre el que la Custodia ardía en chispas de luz que el sol de la tarde derramaba por las vidrieras.

Rosario le observaba, contagiándose de su entusiasmo por la hermosa iglesia, a la que hoy, por algún extraño misterio, parecía descubrir por primera vez.

Pero de pronto, ¿fue una realidad o sólo una ilusión que hizo subir un rubor inexplicable a sus mejillas? ¡No, no; no era ilusión!. Aquel hombre había acortado sus pasos, hasta casi detenerse y la miraba fijamente con aquellos ojos profundos y brillantes. Bajo el espeso bigote, sus labios la brindaron una sonrisa.

Sólo entonces se dio cuenta de que había retirado sus manos, tras las que antes se ocultaba y le estaba mirando abiertamente.

- ¡Dios mío, qué vergüenza! - pensó. Y sintiendo arder sus mejillas, hundió rápidamente el rostro entre sus manos que ahora notaba temblorosas y bañadas en un sudor frío.

Pasó un rato que se le antojó una eternidad, hasta que los fieles empezaron a abandonar el templo. Se levantó rápidamente y salió como siempre entre el grupo de sus amigas, cambiando saludos.

Pero allí estaba otra vez aquel misterioso visitante. Había sacado un cuadernillo con pastas negras de hule y con una pluma estilográfica "Waterman", que Rosario había visto anunciadas en "Blanco y Negro" , tomaba unas notas.

Cuando vio a Rosario, enroscó el capuchón de la pluma, la guardó en el bolsillo interior de su levita y, con una amplia sonrisa que dejaba al descubierto una dentadura blanca y bien cuidada, se encaminó hacia ella inclinándose en una cortés reverencia.

La muchacha se turbó y notó que le temblaban las piernas, Por un momento, pensó que se iba a desplomar. Paquita, la hija del farmacéutico, se dio cuenta de la violencia que estaba pasando y, acercándose a ella, la tomó del brazo y tiró sin muchas consideraciones, mientras decía:

– ¡Vamos, Rosario, que ya es tarde...!

– Perdónenme, señoritas... Permítame usted, señorita Rosario...

- ¿Cómo sabe usted mi nombre? - preguntó ésta con los ojos muy abiertos y con voz temblorosa que apenas podía salir de su garganta reseca.

El ensanchó aún más su sonrisa y aclaró, apuntando a Paquita con su cuaderno negro de hule:

– Acaba de decirlo su encantadora amiga.

– ¡Huy, es verdad...! ¡Qué tonta...!

Rieron los tres y las risas rompieron el hielo de aquella situación.

El, con voz cálida y bien timbrada, se dirigió a Rosario.

– Verá usted, señorita. Acostumbro visitar con cierta frecuencia los alrededores de Madrid, sus barrios, sus pueblos, sus

gentes, sus costumbres y personajes. Y hoy, por casualidad, he venido a Getafe. Me gustan sus calles empedradas y polvorientas con un rancio sabor castellano y campesino. Pero casualmente, penetré en esta hermosa iglesia y mi sorpresa ha sido enorme. La traza, las columnas, las tallas y los cuadros (que me parecen de Alonso Cano), así como el extraordinario órgano, me han sorprendido tan agradablemente que salía con los ojos henchidos de belleza... pero - carraspeó, visiblemente nervioso, antes de continuar- bueno; vera... cuando creía que jamás podría encontrar mayor belleza y exquisitez, he aquí que me encuentro con la hermosura de su cara, arrebolada como una rosa, iluminada por la luz temblorosa de las velas que arrancaban chispas de oro en sus ojos...

– ¡Huy, por Dios...! - exclamó Rosario, interrumpiendo los elogios y tratando de disimular el placer que le producían.

– ¡No, no; por favor!; no me interrumpa o me quedaré mudo, sin encontrar palabras para describir la emoción que me produjo su cara, sus ojos, sus labios encendidos, su cabellera nimbada de luz... En fin; luego me di cuenta de que la miraba tan fijamente que la vi ponerse nerviosa y...bueno; desearía pedirle perdón por mi descarado y osadía.

– Ella sonrió e intentó disculparle, pero las palabras se resistían a salir de su garganta.

– ¡Oh, no....no....no tiene importancia...! En realidad, fui yo... quien le miró descaradamente.... de una forma impropia de una señorita...Será porque me di cuenta de que era forastero...y sentí una curiosidad de la que... bueno; de la que ahora me arrepiento...

Paquita la oprimió el brazo y trató de suavizar la violencia de la escena:

– Bien; pues ya perdonados una y otro, podríamos salir, porque van a cerrar la cancela; y no sería muy cómodo pasar aquí toda la santa noche, presentando disculpas una y otra vez...

Rieron todos y salieron al exterior. Cruzando la placita empedrada que se abría ante la iglesia, pasearon lentamente por la calle del Almendro, la de Perate y la de la Sierra, para desembocar en la recoleta plazuela donde se alzaba la capilla de San Isidro bajo la sombra de las acacias cuajadas de flores de "pan y queso" y de ruidosos gorriones que buscaban refugio para la noche que se aproximaba lentamente, siguiendo la antorcha que el lucero vespertino había encendido en el cielo cobalto.

Entretanto, las jóvenes escuchaban extasiadas la amena charla de su acompañante. Con sus explicaciones, las viejas y conocidas calles, los paisajes tantas veces recorridos y las plantas y flores que crecían sobre el campo que se extendía más allá de San Isidro a ambos lados de la carretera de Toledo, fueron apareciendo a su vista desde una nueva perspectiva, como si todo ello hubiera estado oculto y entonces se desvelase ante sus ojos, gracias a la magia de aquellas palabras.

– ¡Qué capillita tan humilde y tan acogedora! - exclamó el forastero, tras mirar a través de la mirilla que se abría en la recia puerta claveteada.

– Es la capilla de San Isidro. Fue erigida por la Cofradía de los labradores y aquí celebrarnos todos los años una bonita romería.

Él se acarició la barbilla unos segundos y musitó suavemente, como si hablara consigo mismo:

– ¡San Isidro...! ¡Cuántos recuerdos...!

Luego, como si de repente despertara de un sueño, se dirigió a ellas:

– Es mi Patrón, ¿saben...?

– ¡Ah! ¿Es usted de Madrid? - aventuró Rosario.

– ¡Oh, sí! Perdonen. Debería haber empezado presentándome. ¡Qué torpeza la mía...! Nací, en efecto, en Madrid, en la calle de Santa Clara, junto a la casa en que el gran escritor Mariano José de Larra, más conocido por el seudónimo de

"Fígaro", puso fin a su vida en 1837, un año antes de mi nacimiento...

– ¿Entonces, tiene usted veintiocho años?

La indiscreta pregunta de Paquita no pareció importar al caballero.

– Así es; tengo 28 años, me llamo Ricardo y fui bautizado el 13 de Febrero de 1838, en la parroquia de Santiago y San Juan Bautista. Fueron mis padrinos el Marqués de Molins, don Mariano Roca y mi abuela María de los Dolores Cárdenas... ¿Qué más puedo decirles?

Seguía hablando, pero Rosario ya no le escuchaba. Repentinamente había ido recordando la historia que había leído en los números atrasados de "Blanco y Negro" que coleccionaba en el secreter de su dormitorio. ¡Sí; ¡el Marqués de Molins y doña María de los Dolores Cárdenas, emparentada con las Casas de Alba, Condes de Archidona, Marqueses de Elche y otras familias nobles, ¡fueron los padrinos de un hijo de don Ventura de la Vega...! ¡Un hijo que se llamaba Ricardo de la Vega...! ¡El mismo que estaba allí, hablando con ellas...! Entre feliz y sorprendida, se atrevió a preguntar:

– ¿Es usted, entonces, don Ricardo de la Vega?

– El mismo. El mismo que viste y calza - repitió dando a su voz un acento castizo que ocasionó las risas de las muchachas. Luego, cambió de tono y agregó: - y el mismo que desde ahora estará siempre a su servicio, mi querida señorita Rosario.

Ella guardó un largo silencio, mirando aquella frente amplia, aquel cabello negro con ligeras entradas, anunciadoras de una incipiente calvicie y aquella profunda y brillante mirada que parecía acariciar con infinita ternura el rostro de la joven.

Una emoción hasta entonces desconocida, despertó dentro de su pecho, embargándola con sensaciones inexplicables, donde se mezclaban la angustia y la alegría, el miedo y la confianza, la admiración y el respeto, la felicidad y un dolor ligero y entrecortado que parecía hacer mella en su corazón.

Despertó de aquella especie de sopor, para darse cuenta de que aquel famoso sainetero, aquel personaje ilustre, se estaba ofreciendo como su rendido admirador.

– ¡Santo cielo! Pero es once años mayor que yo - pensó aterrada - ¿Cómo lo encajarán mis padres, mi familia, mis amigas?.

* * *

La diferencia de edad no fue, sin embargo, obstáculo alguno para aquel amor que brotó como un milagro ante la Virgen de los Ángeles y se confirmó en la recoleta capilla de San Isidro, bajo la muda presencia de un lucero vespertino que cabalgaba desde la carretera de Toledo hacia Poniente, sobre un cielo de terciopelo azul.

Tras dos años de relaciones, se celebró el matrimonio de don Ricardo de la Vega y doña Rosario Herreros, en la Iglesia Parroquial de Getafe, el día 23 de Diciembre de 1868, cuando los aires de Getafe ya se impregnaban de olor a Navidad, de sonidos de panderetas y zambombas, de alegres villancicos y de los castizos churros que el ilustre escritor reflejaría en sus más famosos sainetes.

El escritor contaba treinta años de edad y su joven esposa, la dulce Rosario, sólo diecinueve.

El profundo amor que Ricardo sentía por la bella getafense, fue motivo constante de su inspiración para sus obras y sus poemas.

Y, agradecido a Getafe, donde vivió el milagro de aquel amor, pronunció una frase que después le serviría de título para uno de sus sainetes:

"DE GETAFE, AL PARAÍSO" (*)

(*) Tras esta breve historia llena de ternura y romanticismo, sería bueno señalar algunos rasgos de la personalidad de este famoso sainetero que tanto esplendor dio a Getafe. Era un ser entrañable, cariñoso y jovial que acostumbraba recorrer los pueblos de la periferia madrileña, hablar con las gentes, estudiar sus costumbres y, especialmente, hacer amigos por doquier. Pilar Lozano Guirao, en "Vida y Obras de Ricardo de la Vega", nos lo recuerda así:

"Fue el ilustre sainetero muy aficionado a pasar los días festivos en los alrededores de la Villa. En una de estas excursiones, en Getafe, conoció a la que más tarde habría de ser su mujer, Rosario Herreros Cifuentes, que pertenecía a una acomodada familia de dicha Localidad. Desde el primer momento, la belleza y la juventud de esta muchacha hicieron que el escritor se enamorase apasionadamente de ella. Sostuvieron (según Doña Rosario de la Vega), dos años de relaciones, después de las cuales, se celebró el matrimonio en la Iglesia Parroquial de Getafe, cuando Ricardo contaba 30 años y Rosario, 19 (datos que constan en el Auto Declarativo de Herederos de Ricardo de la Vega, solicitado por Rosario Herreros, efectuado en Getafe el 21 de Septiembre de 1910, ante el juez D. Pablo Fuenmayor y Gómez.

Según doña Rosario de la Vega, a dicha ceremonia acudieron casi todos los escritores ilustres que residían en Madrid.

Al año del matrimonio, nació la primera hija, Concha; después, Buenaventura, Ricardo, Rosario, Mario, Enrique, Asunción, Manuela, Lorenzo, María y Ángeles. De estos, vivían ocho cuando murió el sainetero.

Entre las innumerables anécdotas, en las que podemos encontrar los rasgos más destacados del escritor, citaremos:

Siendo Ricardo de la Vega Jefe de la Sección de Bellas Artes, fue invitado por el Subsecretario de Instrucción Pública, D. Guillermo Rancés, para asistir a Palacio, con motivo del cumpleaños del Rey, alegó Ricardo:

- "Yo quisiera ir. Pero mi frac ha presentado la dimisión y, hasta que me haga uno nuevo...

Don Alejandro de Castro, Mayordomo de Palacio, le prestó el suyo, para que el escritor y poeta saliera del trance. Pero el día del cumpleaños real, Ricardo no se presentó. A cambio de ello, en el momento de entrar al Salón del Trono, el Subsecretario recibió una tarjeta con el siguiente verso:

"Este pobre poetastro no asiste a la fiesta real porque le sienta muy mal el frac de Alejandro Castro".

Otro rasgo a reseñar, es el acendrado amor y ternura de que siempre dio muestra al dirigirse a su padre, don Ventura de la Vega. En todas sus cartas,

se siente uno emocionado al comprobar que siempre, indefectiblemente, las comenzaba con las mismas dos palabras: "Papá mío". También el final era siempre el mismo, en este caso, precedidas por otras dos palabras que, en realidad, deberían ser una (adiós):

" A Dios, papá mío"

Citaré sólo una carta de entre las numerosas que he podido leer, y sólo porque hace mención a Getafe, aunque sin ningún dato interesante respecto a nuestra Villa:

"Madrid, 28 de Agosto.

'Papá mío:

"He estado dos días en Getafe y por eso no he contestado antes a tu carta...

A continuación, le cuenta su situación económica y la amenaza de que le quiten del Negociado donde trabajaba.

La economía del escritor no debía ser muy boyante, a juzgar por esta carta:

"...En casa no hay novedad. Se gasta muy poco; tanto que para este mes me sobra bastante dinero de los mil reales que me dieron el día 1^o. Estos días que yo he estado fuera, ha gastado la Joaquina 3 reales por día, para comer. Diariamente, se gastan de 10 a 12 reales...

"A Dios, papá mío; recibe un abrazo de tu hijo, Ricardo."

Como merecido homenaje a nuestro escritor, y de paso a Getafe, deseo reflejar aquí el artículo que se publicó en La Vanguardia, de Barcelona, el día 30 de Abril de 1887:

'El miércoles último, fue obsequiado el señor D. Ricardo de la Vega, por la Junta de Gobierno del "Refugio de Escritores y Artistas Españoles", con un espléndido almuerzo en el Parque de la Montaña", de acuerdo con siguiente menú:

- *Hors ïouvrés (Candilejas gastronómicas)*
- *Ostras verdes, a la Concha del Apuntador.*
- *Tortilla de puntas de espárrago, a la Polvoranca.*
- *Filete a la Canción de la Lola.*
- *Salmón grillè con doble salsa a la Pepa la Frescachona.*
- *Asado a la Getafeña.*
- *Etc. etc.*

(Como puede apreciarse, el menú estaba inspirado en lugares, personajes y recuerdos que de una u otra forma constituyeron motivo de inspiración para nuestro ilustre autor)

Según doña Rosario de la Vega, muchos de los personajes de Ricardo, eran reales, como en los castizos de los Madriles en "La Verbena de la Paloma", Miguel, de "Sanguijuelas del Estado", que era el propio Ricardo, el Tío Lucas, criado de los suegros del autor y, con toda probabilidad getafeño, recogido en "De Getafe al Paraíso". El Señor Lucas Cordero, que aparece en "A la Puerta de la Iglesia", puede ser el mismo Tío Lucas de "De Getafe al Paraíso" (o "La Familia del Tío Maroma")

Y acabemos con una nota autógrafa de doña Rosario de la Vega, hermana de nuestro autor:

"El manuscrito autógrafa de "La Verbena de La Paloma", fue trasladado durante la Guerra Civil, 1936, para evitar que cayera en manos de los republicanos, desde la casa que la familia de Ricardo poseía en Getafe, a Madrid, Ronda de Atocha, número 9, domicilio de sus hijos. En este lugar, al ser efectuado un registro, fue quemado por los milicianos"

(Una vez más, apreciamos la brutalidad de una guerra que, además de absurda, fue causa de se perdieran muchas joyas y obras de arte que eran patrimonio de todos...)

Entre otras cualidades, tales como su buen humor, el lenguaje castizo y lleno de situaciones cómicas, el intercambio de chistes con los vecinos de Getafe, entre los que dejó grandes amigos, Ricardo sentía un cariño especial por nuestra Patrona, la Virgen de los Ángeles, a la que dedicó el siguiente poema:

LA VIRGEN DEL CERRO – RICARDO DE LA VEGA

*Hace días, he venido
de Getafe, muy contento
no por la fiesta de toros
que aplauden los madrileños
sino a hablaros de la VIRGEN
DE LOS ÁNGELES, del Cerro.
Bajan del Cerro a la Virgen
mozas y mozos del pueblo
en carroza de oro y plata,
por sendas y vericuetos.
Colócanla en el altar,
dispuesto "ad hoc" en el templo
y todo en Getafe es júbilo
y comienzan los festejos.
Las campanas parroquiales
y las de los reverendos
Padres Escolapios, hablan*

encerradas en sus huecos.

Y los cohetes se van

con las estrellas al cielo

y se confunden con ellas

y nos envían sus fuegos.

En la Salve, a toda orquesta

Y en la Misa...el Gloria, el Credo

El Sanctus y el Agnus Dei

cantan con sonoro acento

el tiple, el tenor y el bajo,

regidos por el maestro

Bascuñana, profesor

tan sabio como modesto.

La iglesia es foco de luz,

cuatro mil almas hay dentro

ni en las casas, ni en las calles

queda un solo getafeño;

que están con su amada Virgen

los mil vecinos del pueblo.

¡Oh, Padre Pompilio Díaz!

profundo orador... y ameno.

¡Oh, ilustre Padre Martínez!

*mi humilde, pero sincero
parabién envió a entrambos,
por los sublimes efectos
de amor, que en el auditorio
lograsteis dejar impreso.
Se acerca la procesión;
los balcones están llenos
de gente...alumbrando van
en apiñado cortejo:
solteras, casadas, viudas,
niños, adultos y viejos.
Flores, guirnaldas, palomas,
estampas, ramos y versos
caen como lluvia de Mayo
sobre La Virgen del Cerro
y la banda popular
y la militar, a un tiempo,
en acompasada marcha,
lanzan sus notas al viento.
Se acaba la procesión;
la Imagen entra en el templo.
Alfonso, el buen sacristán,*

*se sube al coro corriendo
y suena, vibrante, el órgano
mientras llega al presbiterio...
Son las nueve de la noche,
ya la gente va saliendo
de la iglesia poco a poco:
se apagan las luces; luego
crujen las puertas...se cierran
y todo queda en silencio.
Ya la Virgen de los Ángeles
se vuelve otra vez al Cerro
en carroza de oro y plata
por sendas y vericuetos...
Ya no hay más que caras tristes
en las muchachas del pueblo.
Ya se acabó la función ...
¡qué pena ¡A Madrid me vuelvo ...*

RICARDO DE LA VEGA



Ricardo de la Vega.